

## AGUSTÍN, DE LA CARA AL ROSTRO. ÉTICA Y ACONTECIMIENTO: ¿CUÁL ES EL ZAPATO DE CRISTAL?

por *Esteban Levin*

*“Cierto es que la relación con el rostro puede estar dominada por la percepción, pero lo que es específicamente rostro resulta ser aquello que no se reduce a ella...el rostro es significación...”*

*Emmanuel Lévinas*

Cuando miramos el rostro de un niño, no vemos una cara (organismo) sino un enigma subjetivo en el cual reconocemos nuestra propia imagen enigmática. Desde ella nos relacionamos con ese otro-niño que nos mira, nos conmueve y nos inquieta. Nunca sabemos de antemano que va a suceder en ese encuentro. El rostro del otro representa la humanidad de una demanda y un interrogante que ni los ojos ni la cara ni el cuerpo alcanza a responder, y sin embargo, no es sin ello que la experiencia de rostro a rostro abre las vías para el nacimiento de un acontecimiento, cuyas huellas decantan subjetividad. Por lo menos, esto es lo que me sucedió en el encuentro con Agustín, que a continuación desarrollaremos: Agustín es un niño de 2 años que posee un diagnóstico de TGD (trastorno general del desarrollo no especificado). Con anterioridad ya habían recibido un diagnóstico, “que su hijo poseía la patología denominada espectro autista”, ya que según ese criterio clínico tenía “trastornos cualitativos de la relación social, del esquema e imagen corporal, de las funciones comunicativas, del lenguaje receptivo y expresivo, de las competencias de anticipación y freno inhibitorio, de la imaginación y las capacidades de ficción, de la imitación y de la flexibilidad comportamental”. Frente a este verdadero catálogo y clasificación de trastornos, que a su vez requiere diferentes programas de modificación de conducta para cada trastorno, los padres angustiados y desorientados deciden hacer otra consulta.

¿Qué efectos puede tener para los padres semejante diagnóstico? ¿Pueden tantos trastornos abarcar la problemática y el sufrimiento de un niño de 2 años? ¿Qué se evalúa y espera de un pequeño que no habla y no puede decir ni jugar lo que le pasa?

El papá comenta preocupado que él se apegó mucho a su hijo ya que durante muchos años era todo lo que quería tener. La madre ya tenía otra hija de un matrimonio anterior y cedió el protagonismo de la crianza al papá, quien se ocupa de alimentar, cuidar y estar con Agustín. Antes de cumplir el año, la madre queda embarazada y nace la hermana cuando Agustín tiene 1 año y 4 meses. Ella comenta: “Me alejé un poco de Agustín porque tenía que ocuparme de la beba, igual mi esposo se ocupaba siempre de él”.

Agustín cada vez se aísla más, no registra cuando lo llaman o le piden algo. En esa soledad desolada comienza a tener conductas repetitivas, como balanceos, estereotipias y movimientos sensorio-motores descontrolados (salta, corre, se agita, va y viene). Al mismo tiempo niega la presencia de la nueva integrante de la familia, la beba. Se mantiene totalmente indiferente a ella, la ignora por completo. La madre afirma: “Es como si la beba no existiera, no la mira ni la toca. Se aleja y comienza a moverse solo, o se sienta y mueve la cabeza de un lado para el otro, balanceándose de arriba para abajo, es imparable. “Por ejemplo ayer a la noche estuvo 3 horas moviéndose y no paraba de balancearse, casi no pudimos dormir; esta terrible ya no sé que hacer, yo lo dejo con el papá pero él tampoco puede frenarlo”.

Cuando Agustín entra al consultorio junto a sus padres, reproduce las mismas acciones, se mueve de un lado para el otro por el consultorio. El balcón, la cocina, el pasillo, el baño, parece no mirar nada. Toca una pelota, luego un papel, un autito, un muñeco y al instante lo suelta.

Se mueve, busca otra cosa, agarra una pelotita y comienza a balancearse con ella en la mano. Ante esta actitud, intento frenar el movimiento para relacionarme con él. Le pido la pelota, le tiro otra, lo llamo, intento compartir ese movimiento alocado pero “indiferente” gira y sigue caminando o balanceándose estereotipadamente. Exclamo con fuerza: ¡No! ¡Si te moves así no puedo jugar, quiero jugar con vos! En ese momento, para de moverse, se levanta y sin mirarme, otra vez deambula por otra parte del consultorio. Toca una cosa, otra, mueve un sonajero, un lápiz, una cuerda y así, sin detenerse continúa moviéndose, apreta su mano, la tensiona, se crispa y sigue sin pausa el movimiento.

Frente a esta movilidad intento demandarle un gesto, relacionarme con él, a partir de cada objeto que toca. Sin embargo, el toque es inconsistente y se pierde en el trajín de cada movimiento. Al terminar la sesión, muchos juguetes y cosas del consultorio permanecen desparramados, dispersos, disociados unos de otros. En esa “realidad fragmentada”, sin escenario ni escena, terminan las primeras sesiones con Agustín sin encontrar todavía el modo de relacionarme con él.

Es desde el don del deseo y el deseo del don de encontrarme con Agustín que procuro demandarle miradas, toques, gestualidad, más allá de la inercia y energía de esa sensación-movimiento de ese desborde que sin cesar repetía, reproduciendo lo mismo, sin poder entrar en el circuito de la representación.

En esta intensidad e incertidumbre me pregunto ¿de qué modo constituir un gesto que finalmente nos alcance y nos encuentre? ¿Cómo abrir una demanda frente a tanta fragmentación? ¿Cuál será la ventana que podemos entreabrir y construir juntos para generar un sonido, una melodía que sin darnos cuenta descubra espejos sonoros e imaginarios donde reconocernos? ¿Cuándo sostendremos la experiencia fundante de poder mirarnos más allá de la visión y en aquel espacio, entre la acción de ver y el acto de mirar, reconocernos para conformar la imagen corporal? ¿Cómo entablar un diálogo tónico-postural a través del gesto y el toque?

Durante varias sesiones, deambulando con Agustín, procuro relacionarme con él y comparto la desazón, el quehacer caótico y la indiferencia que no deja de asediarme. Hasta que en una sesión, Agustín hace un movimiento para dirigirse a la cocina y le tomo la mano. “Qué linda mano”, exclamo con mi voz y la actitud postural que lo acompaña. La crispación y tensión parece ceder, el tono baja y parece abrirse. Comienzo entonces a acariciarle la mano, hablándole, cantándole de este modo: “Hola, hola, hola mano, hola, hola dedos”, y a medida que voy recorriendo los dedos, lentamente voy creando una canción que nos cobija y habita pues al mismo tiempo que toco su mano y Agustín se acomoda a ese toque, soy tocado por él. En ese diálogo sensible y vivaz que se estructura entre toques, sostenido en lo intocable del toque, que se aleja del tacto en sí mismo para acariciar palabras, imágenes, gestos que en ese instante se producen. Surge lo intocable del toque en la intimidad del encuentro.

Quiero detenerme a pensar ese movimiento gestual ya que en ese momento levanto la mirada que acariciaba la mano junto a la tonalidad de la voz, la melodía y la canción y me encuentro con la mirada y el rostro de Agustín que me mira...más allá de la cara y las facciones, levanto el rostro y allí estamos, juntos, en ese espacio “entre los dos” que se produce en escena: “Hola, hola Agustín”. Me mira, lo miro. “Hola, hola Esteban”, siento que enuncia desde la gestualidad de un rostro que se empieza a abrir a un otro.

Entreveo la postura relacionándose con la escena en el placer de las miradas y la tristeza de una historia que no alcanza a descifrarse ni a traducirse en palabras, y sin embargo, en una pausa, en un silencio, son las palabras encarnadas en las melodías, en los timbres de voz y el

gesto los que constituyen e instalan un puente entre esa sensación, ese afecto y la experiencia infantil que vamos descubriendo.

Esta experiencia del toque sutil en lo intocable, del rostro abierto al otro rostro, que mira la mirada del otro y se reconoce en ese espacio-tiempo, irrumpe de repente, sin aviso previo y se transforma en un “verdadero” acontecimiento que nos estremece y conmueve. La experiencia sensible del encuentro de los rostros es un acontecimiento implanificable e improgramable. Surge de lo inquietante e imprevisto de la demanda y el deseo del otro.

En este sentido es un pathos, una pasión que circula, llama a una respuesta anudada a una relación evidentemente transferencial, “marcante”, que como efecto de ese acto, de esa realización provoca una huella que transforma de allí en más la acción en la espesura de un gesto, el ver en la riqueza de la mirada, el ruido en el sabor de la melodía, el toque en la tenue caricia, la jerga en la enunciación, el diálogo para esbozar una palabra, una sonrisa que no se puede anticipar antes del acto.

El acontecimiento sorprende por lo imprevisto de la realización, del acontecer que rompe y quiebra el orden o el desorden imperante y obliga a una transformación, a una nueva configuración del cuerpo, de la imagen corporal, del espacio como lugar de relación, del tiempo como historicidad.

Sin duda, el inconsciente es cuerpo, espacio y tiempo que se entrelaza en la singularidad del acontecimiento que realiza y crea cada sujeto. Agustín y Esteban se miran los rostros, se encuentran en esa perplejidad por unos instantes, suficientes para habitar un espacio que no podría sostenerse sólo; ocurre entre ambos. Allí se juega la pasión del deseo de donar al otro y del don del deseo, encuentro que irrumpe sorprendiendo y marca la diferencia y la plasticidad. En ese espacio donde la mirada deviene gesto, el eje del cuerpo se acomoda al rostro y éste acaricia el sentido. Lo intocable del toque se hace sonoridad convocante y la voz se entrelaza en la sensibilidad. Nuestra función es dar lugar a que el acontecimiento suceda aunque como afirma Deleuze “El acontecimiento no es lo que sucede (accidente); está en lo que sucede”. Para que la experiencia se transforme en acontecimiento, el don del deseo se transmite en el acto mismo de mirar y reconocerse en el rostro del otro sin esperar nada a cambio, o sea, sin esperar reciprocidad.

Justamente la dificultad reside en la imposibilidad de responder a la demanda del otro, pues para hacerlo, en este caso Agustín, tiene que descubrir, crear y encontrar en el rostro que el otro le ofrece un lugar deseante que lo cobije, lo habite y lo aloje, al mismo tiempo que genere la intimidad necesaria para la emergencia de la subjetividad en escena.

Nosotros consideramos que la condición corporal es condición subjetiva y responde a una ética del deseo que se estructura desde la experiencia corporal de un sujeto. Desde una posición diferente a la de quienes piensan la conducta y lo metodológico desde una perspectiva técnica y moralista que determina anticipadamente cuál es la respuesta, la norma o la experiencia normal y cuál es el déficit, lo anormal, la deficiencia, según criterios estandarizados y clasificados siempre previamente a cualquier singularidad e historicidad, lo cual muchas veces acaba convirtiéndose en un adiestramiento o adoctrinamiento hegemónico en un claro ejercicio del dominio y el poder del cual el niño es un instrumento, un apéndice del método.

Como nos recuerda Jorge Larrosa “Una imagen del totalitarismo: el rostro de aquellos que, cuando miran a un niño, saben ya de antemano qué es lo que ven y qué es lo que hay que hacer con él. La contraimagen podría resultar de invertir la dirección de la mirada: el rostro de

aquellos que son capaces de sentir sobre sí mismos la mirada enigmática de un niño, de percibir lo que en esa mirada hay de inquietante para todas sus certezas y seguridades y, pese a ello, de permanecer atentos a esa mirada y de sentirse responsables ante su mandato: ¡Debes abrirme un hueco en el mundo de forma que yo pueda encontrar un sitio y alzar mi voz!”<sup>1</sup>

En la intimidad de la escena con Agustín, del rostro de uno al rostro del otro, hay un pasaje único donde se pierde la cara (como organismo) y aparece el rostro (como gesto). Los ruidos y sonidos se metamorfosean en voz y la palabra cantada en melodía infantil que cautiva y abre la curiosidad por lo que vendrá en un próximo encuentro, el cual ya no parte más del cara a cara (organicidad) sino del rostro a rostro, del espejo que no solo refleja y atrae sino que despierta el porvenir de nuevas experiencias e ilusiones.

Agustín me mira, nos miramos rostro a rostro. La cara se ha perdido como órgano y sucede el gesto. Agustín, sin dejar de mirarme, acerca la mano y toca la barba, es un toque curioso, tierno, acompaña la gestualidad con palabras “sí, esta es la barba, hola barba, hola Agustín, hola Esteban”. El gesto crea la caricia y la caricia el gesto, la presencia y la ausencia, la discontinuidad entre toque y toque se articula en la palabra melódica. De este modo adquiere consistencia el escenario que se encarna en el rostro, en lo corporal. Concomitantemente la postura, el tono y la sensibilidad propioceptiva se acomoda a la escena y genera la experiencia infantil que produce plasticidad simbólica y anuda la neuroplasticidad entrelazada al campo del Otro.<sup>2</sup>

Todo lo cual nos lleva a sostener una ética que desde la experiencia corporal de un sujeto, se basa en la relación con el otro. Desde allí, lejos de esquivar o excluir el sufrimiento, la historicidad, la ambivalencia, el azar y la ambigüedad, nos incluimos en ella para rescatar la singularidad de cada gesto, de cada rostro. En esa alteridad surge la ética como respuesta móvil, plástica a la problemática que nos presenta cada niño y su familia.

Agustín, mirándome, toca mi barba, al mismo tiempo es tocada por ella, por mi mirada y la palabra. Doble espejo de miradas, toques y palabras que se sostienen en el espacio donde se escenifica lo imposible de decir y transmitir, o sea, la gramática de la intimidad y el respeto por el deseo del otro que da lugar al nacimiento de la subjetividad.

Finalmente, frente a este tercer milenio que se caracteriza por diversas crisis de la palabra, de la lectura, de la transmisión, de las herencias, de los procesos de identificación, es decir, por el colapso más o menos general de modelos y sistemas sociales, familiares, políticos y religiosos, proponemos un fundamento y una mirada ética que implique tanto en el acto educativo como el clínico, la relación al otro, la historicidad y el rescate de cada sujeto.

(1 Citado en el libro *Ambigüedades del amor. Antropología de la vida cotidiana*, de Lluís Duch y Joan-Carles Mèlich, Editorial Trotta, Madrid, 2009.) (2 Levin, Esteban: *La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 2010)

Sólo de este modo la punta de los dedos de Agustín tocan mi rostro y él puede allí decir “yo”. La piel se configura como superficie de apertura pero los dedos como tales, como órganos se pierden tan pronto como aparece allí un sujeto, éste hurta la organicidad y crea la trama deseante que lo convoca a la novedad de lo nuevo.

Tal vez el famoso y tradicional cuento de Cenicienta y el príncipe nos pueda dar alguna pista que nos oriente en la complejidad de la temática que estamos considerando. Sólo mencionaré un hecho, un fragmento del relato, ese momento crucial cuando Cenicienta gracias a la magia del hada está danzando con el príncipe. Repentinamente se tiene que ir pues van a dar las 12 y el poder transformador de la magia termina. En ese instante Cenicienta de

prisa corre para alcanzar la carroza. Todo tiene que ocurrir antes de medianoche, antes que vuelva a ser una simple calabaza, conducida por 4 alegres ratoncitos. Como todos sabemos, por el apuro en el camino, en las escaleras deja tirado un zapato de cristal.

De un momento para el otro todo vuelve a su estado original, fluctúa, se modifica y Cenicienta vuelve a ser la sirvienta de la cruel madrastra, con la vestimenta rota, con sus harapos y cenizas, lo que era antes que apareciera el hada. El príncipe ha perdido a la bella y maravillosa dama que danzó con él toda la noche. Sólo le queda de ella un zapato de cristal, lo único que no se transformó, que permaneció con la magia de aquella inolvidable noche. El zapato de cristal es la única posibilidad de encontrarla. Se transforma en un símbolo ya que representa la ausencia. En este caso aquella mujer-princesa que ya no está. El único puente posible para hallarla es el zapato de cristal que, pese a todo, no perdió la huella de su dueña, es la presencia de su ausencia. En este sentido es testigo y testimonio de aquel encuentro. Para nosotros, el rostro de Agustín funciona como ese cristal simbólico. Es una sutil caja de resonancia que ilumina y guía la experiencia. De este modo se transforma, deviene espejo y huella simbólica y abre la posibilidad de la plasticidad que acaricia el gesto infantil de un rostro, atenúa el dolor de existir y da lugar a una sonrisa abierta al porvenir.

Entonces el rostro gestual, en este caso de Agustín, cumple la función del zapato de cristal. Sólo tendremos que poder crearlo con él. Pero ¿estamos dispuestos y preparados para realizarlo? Para ello, la relación con la infancia, con la propia y la del otro, sin duda tiene que estar viva en la experiencia infantil, la cual donamos sin esperar nada a cambio. Es este desprendimiento, aquello que dejamos para relacionarnos con el otro, lo esencial del acontecimiento y la ética. Algunos niños han perdido el zapato de cristal ¿seremos capaces de encontrarlo? Ésa es nuestra responsabilidad.

**Lic. Esteban Levin**

*Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).*